



Ngenechén, Dios de Arauco

Por Antonio Cárdenas Tabares

Editorial Brecha, Rancagua

1975

Con una aguda dedicación, llega hasta nosotros el libro de que es autor el profesor Antonio Cárdenas Tabares: un conjunto de leyendas mapuche que nos recuerdan a la raza aborigen que pobla las serras de Arauco y que motivara a Ercilla en Araucana, a Ota en Arauco Domado, a Alvarez de Toledo en Puren Indómito y, más recientemente, a Verónica Cavada, sus emotivos Copihues.

No es muy pródiga nuestra literatura en obras de la naturaleza del profesor Cárdenas, si bien, en otras disciplinas, hay filólogos que se han preocupado de la lengua araucana e investigadores que han hecho revivir la artesanía, la música, las danzas y también la poesía de nuestros naturales en un valioso esfuerzo por volver los ojos a un pasado, ya casi extinguido.

Pues bien, el libro del profesor Cárdenas, en la sencillez y concisión de su estilo y corteza de las narraciones, tiene la gracia de devuernos nostálgicamente a conocer historias que nos hablan del campo de liras patas en el pueblo de Cádiz; del paisaje de las almas muertas en la Isla Mocha, frente al Golfo de Arauco, y donde los indios difuntos continúan su vida anterior; del mapache que se enamoró de la luna y se transformó en árbol; de la princesa encantada de la laguna del cerro; del estéril que cuida el trozo de la India; del árbol maldito y de la venganza del huilote; de la legendaria figura de Manquehue, el hombre-cóndor; de Antiray, la flor más hermosa de Arauco; del lugar en que se encuentra el teatro de don Pedro de Valdivia; del cacique Maritán; de Lirán Ray, la doncella del otro mar (Calatquen); de la flauta encantada que derrotó al enemigo; de Nayín Huentemil, la flor del río Raymón; del estéril en el lugar de los huilotes; de la tragedia de Nchumel, el joven guerrero; de Lulal Manchula, la muchacha que hace reír; del cacique Cudilir y los robos sagrados; del toqui Cudegunda y su asedio a la plaza de Puren; y de Antirayén y Cudrayén, los jóvenes de piedra.

Una sola de estas breves relatos, "La curva del toro", es ajeno al subtítulo de la obra, pero, en todo caso, no disminuye la importancia del conjunto, en general.

Inspirado de las cosas del señor nativo, el profesor Cárdenas, con estas leyendas que exornan la

existencia de los agorridos mapuches, no ha pretendido otra cosa que dar a conocer, para una mayor divulgación, las costumbres y tradiciones del pueblo araucano como un aporte más al folklore nacional. Creemos, sinceramente, que lo ha logrado, pues las fuentes no pueden ser más auténticas, ya que las bebó en su peregrinar por los pocos rincones indígenas que van quedando y en los que supo de la mesa, de las ceremonias, de los ritos, de los afares, de los amores y querellas de los indios que le dispensaron su amistad. De ahí, entonces, el valor histórico de estas leyendas, pese a su brevedad, tanto que algunas están elaboradas en cuatro párrafos.

El glosario que acompaña al libro es una valiosa ayuda para la mejor comprensión de los relatos que, dicho sea de paso, se leen de un tirón, porque son cortos, ágiles e, incluso, algunos, poéticos.

He aquí el titulado "El pehuén que se enamoró de la luna":

"Hace muchos años vivía en la zona de Cudrayén, en Arauco, una mapuche alta, de amplias espaldas, pies grandes y cabellera negra. Tenía en lo alto de una colina una rura hecha de paja. Vivía de la agricultura, era una especie de catiguilla de la reducción. Solucionaba la mayoría de los problemas que tenían sus congéneres. Su nombre era Araucaria. Cuidaba con esmero de los copihues rojos, en especial, que era el corazón de los araucanos dejados en el campo de batalla. También los había blancos, amarillos y de otros colores que simbolizaban otras cosas. Araucaria tuvo un hijo y le puso por nombre "Pehuén" (pino). Este, a medida que crecía, admiraba a la luna por su blancura y redonda cara; para él era una joven hermosa que volaba entre los montes como una hada y cada noche que aparecía sobre la cordillera de Nahuelbuta allá a encontrarla y pasaba horas y horas contemplándola. Se enamoró de ella y la llamaba con sus manos a que bajara a conversar un rato con él. La luna descendía y se ponaba sobre sus largos y robustos brazos, irradiando sus destellos de luz por toda la comarca. Así fue cómo al servirle "muelai" (bebida preparada con maíz fermentado) y cuando la luna recibía de manos del mozo un ramo de copihues rojos, mojaba las flores con la saliva y se bebía los labios de rojo para significar su amor por el estéril y soberbio aborigen. La luna con su poder quería que "Pehuén" llegara al cielo, y cuando ya tenía bastante altura, los dioses mapuche, se dieron cuenta del mismo y se enojaron; pues un mapuche no debía casarse con una huilona «extranjera», miembro del pueblo causante de la usurpación de sus tierras y de sus vidas, y convirtieron al joven en un árbol, deteniendo en su crecimiento quedando con la altura que hoy tiene. Su madre que era muy anciana nada pudo hacer. Desde esa fecha, es el árbol araucano más alto y de más esbelta figura que existe y sus ramas señalan umbrales de oro que cada vez que aparece la luna la abraza, contemplándola en sus ramas como en un lago de cristalinas aguas.

Desen los indígenas que la luna aún sigue enamorada del pehuén, por eso no se separa de la tierra y creen que un día podrá descender a su amigo y venir a vivir con él en algún valle de Arauco".

La Prensa Austral, Punta Arenas, 24-VI-1976 p. 2.



Ngenechén, Dios de Arauco [artículo] J. R. F.

Libros y documentos

AUTORÍA

J. R. F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ngenechén, Dios de Arauco [artículo] J. R. F.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile